H. Claude Joseph

La vivienda araucana

Los viajeros que visitan la Araucanía aumentan anualmente. Unos investigadores de profesión: naturalistas, etnólogos o artistas vienen del extranjero enviados por sus gobiernos o por grandes instituciones científicas a estudiar las costumbres de los araucanos y colectar un valioso material etnológico; otros son simples turistas deseosos de contemplar nuevas bellezas naturales, de sorprender a los indígenas en su ambiente habitual, de penetrar al interior de las rucas, de llevarse alguna prenda como recuerdo o cuando menos una fotografía de la vivienda. Unos y otros tropiezan con serias dificultades para lograr el objeto de sus deseos. Los araucanos tantas veces engañados con falsas promesas son extremadamente reservados con los forasteros. En cambio con las personas conocidas y las que saben ganar su confianza son comunicativos. Entre ellos los hay que saben relatar en forma clara y concisa sus costumbres actuales y pasadas y que se prestan gustosos a informar sobre cuanto se desea conocer.

Durante varios años de relaciones frecuentes con los indígenas de Temuco y de otras regiones de Araucanía he obtenido numerosos datos sobre la vivienda araucana y la técnica de su fabricación. Al mismo tiempo he estudiado con atención el mobiliario y los diversos objetos contenidos en ella. Las rucas araucanas encierran una multitud de artefactos usuales confeccionados por los mismos indígenas y utilizados en las distintas ocupaciones de su vida diaria. Estos objetos con la técnica de su fabricación son documentos de valor para el mejor conocimiento de las artes manuales de este pueblo y hasta cierto punto para aclarar sus afinidades raciales.

Para ampliar las investigaciones practicadas en Temuco he visitado los grandes centros de poblacion indígena de Araucanía. En Boroa asistí a los preparativos de la gran concentración anual de Navidad y entré en relaciones con indígenas que ocupan una excelente situación social y económica en la vecindad. Durante varios días fuí amablemente atendido por los Rev. Padres Capuchinos de la Misión que tanto trabajan por la civilización araucana. De paso por Imperial y Carahue examiné colecciones particulares y diversos tipos de rucas. En Puerto Saavedra y Budi recibí la más cordial hospitalidad de los R. P. Capuchinos Eucario, Odorico y Sebastián y estuve durante varias temporadas en relación con los mapuches de la costa. Llegué hasta Puerto Domínguez para adquirir artefactos regionales y asistir a su confección. El R. P. Ernesto, misionero capuchino, autor del estudio etnológico lingüístico más completo sobre los araucanos me dispensó amistosa acogida por una semana, la cual dedicamos por entero a investigaciones científicas. En Cunco fuí acogido con toda afabilidad por el R. P. Wolfram y pude recoger buenos datos en algunas rucas.

Tuve oportunidad de hacer tres viajes a las reducciones de Purén. Lanalhue y Cañete. En Purén las familias Boisier y Harismendy me colmaron de atenciones y facilitaron mis relaciones con los indígenas, Amablemente invitado por el señor don Gastón Etchepare en compañía de mi colega el Profesor H. Ciro Boisier tuvimos las mayores comodidades para efectuar importantes estudios biológicos con la colaboración constante y entusiasta del propietario de la hacienda Lanalhue. Por la influencia del señor Etchepare conseguimos preciosas informaciones sobre las costumbres regionales de los mapuches.

Con el Dr. Samuel Lothrop y señora, enviados del Indian Museum de Nueva York, recorrí en Diciembre de 1929 y Enero de 1930 los centros de población indígena más interesantes de Araucanía, con el fin de reunir una colección tan completa como fuera posible de objetos fabricados por los araucanos y representativos de su cultura. Esta jira directamente encaminada a descubrir y adquirir artículos de todas clases para el museo de Nueva York me permitió completar los datos anteriormente recogidos. Otras útiles informaciones he obtenido al acompañar al eminente escultor austriaco Carl Gelles venido especialmente de Buenos Aires a Temuco para observar los rasgos fisionómicos de los araucanos.

He procurado asistir a la confección de los artefactos araucanos y darme cuenta de cómo los usan los indígenas. Numerosos grabados y fotografías tomados durante los trabajos reproducen a los objetos en una etapa de su fabricación y a los fabricantes en acción o a lo mapuches en las actitudes adoptadas al usarlos.

El observador recibe de su primer contacto con los araucanos una impresión poco favorable. Sin embargo, con un estudio más atento y prolongado, esta primera impresión se desvanece conforme se va descubriendo

en ellos las virtudes que sirven de norma habitual a su conducta, la hospitalidad, la justicia, la lealtad, la fuerza, dignidad y elevación moral, la sagacidad y el espíritu práctico para resolver sencillamente los problemas esenciales de la existencia.

Se hubiera deseado que su incorporación a nuestra civilización fuera más rápida. Por la lentitud con la cual han adoptado nuestras costumbres se los ha calificado de refractarios a la acción civilizadora ejercida en medio de ellos por varias instituciones beneméritas. En una obra de esta naturaleza es difícil conseguir resultados inmediatos. La pacificación de Araucanía terminó hace apenas medio siglo. Viven todavía muchos mapuches que participaron en las batallas y malones de entonces. Estos hombres de veinte, treinta años y más no podían cambiar bruscamente su modo de vivir. Se habían criado como pastores y cazadores, con vastas extensiones de terreno y numerosos rebaños. Hoy recuerdan aquel tiempo como una edad de oro desaparecida. Las vejaciones que tuvieron que sufrir de los conquistadores, y los engaños de algunos colonos han retardado la obra civilizadora emprendida por el gobierno de Chile.

La diferencia de mentalidad entre los araucanos y sus civilizadores, la falta de compresión recíproca dificultan la solución del problema araucano. Los antiguos indígenas se limitaron a ocupar la tierra y se llamaron a sí mismos mapuches o gente de la tierra, pero nunca pensaron en adueñarse del suelo. Así como el aire, el agua, la luz y el calor del sol, la tierra era considerada como un bien común puesto a la disposición de todos por el Nguene mapu, dominador de la tierra, su creador y dueño. Esta idea de considerar el suelo como un bien común les acarreó serias desaveniencias a la llegada de los conquistadores y colonos que se establecieron en terrenos de su propiedad exclusiva. El derecho de propiedad no era, sin embargo, desconocido de los araucanos. Desde pequeños poseen todos algunos animales y objetos de uso común obsequiados por sus padres, y de los cuales pueden disponer libremente cuando se hallan en edad de gobernarse por sí mismos.

Se han levantado tres cargos de gravedad en contra de los araucanos. Se dice que son degenerados por el alcohol, ociosos y ladrones. Estas acusaciones son exageradas. Los araucanos se embriagan ocasional, pero no habitualmente. Con motivo de sus grandes fiestas o cuando van al pueblo beben con exceso. En este último caso personas mal intencionadas no faltan para hacerlos tomar con el propósito de robarles más fácilmente. Si algunos lo pasan ociosos en sus rucas con frecuencia les hace falta el terreno donde trabajar. En ciertas reducciones los araucanos no tienen una hectárea de suelo por persona. En estas condiciones la vida es poco menos que imposible. Los que tienen mayores extensiones dejan una parte inculta para sus rebaños de ovejas y bueyes. En los bajos y depresiones conservan las quilas y los matorrales para abrigarlos contra el mal tiempo y alimentarlos durante el invierno. Las extensiones de bosques les prestan igualmente buenas utilidades. De ahí sacan los materiales

para sus construcciones y la leña para la venta o el consumo. Estos terrenos incultos los hacen considerar como ociosos cuando en realidad su conservación es una prudente medida muy benéfica para ellos.

Los araucanos roban en caso de necesidad, para alimentar, vestir o calentar a los miembros de su familia, pero no son profesionales del robo. Son más frecuentemente víctimas que autores de robos. Estrechados cada día más en sus exiguas reducciones, luchan estoicamente contra el hambre y los explotadores esperando días mejores. Tienen una fe inquebrantable en las promesas que se les hacen de mejorar su situación aún cuando sean de realización imposible. Se creen con derechos inalienables para ocupar el suelo que los ha visto nacer y que sus antepasados han defendido durante varios siglos con tanto valor.

Los araucanos no constituyen ya una raza pura. Casi todos son mestizos con una proporción mayor o menor de sangre europea. En una jira por las reducciones de Temuco el señor Carl Gelles me manifestó repetidas veces su excepticismo sobre la pureza de raza en los ancianos que le presentaba. Reconocía en todos rasgos fisonómicos característicos de los europeos. Le hice notar las pocas probabilidades que estos mapuches de Temuco pudiesen tener sangre europea, por haber nacido en un centro netamente araucano distante de las ciudades fundadas por los españoles y cerrado a los extranjeros antes de la pacificación. Pero durante una larga conversación con un anciano e inteligente araucano, que tuvo una brillante actuación durante la fundación de Temuco, conseguimos la explicación de este fenómeno. El señor Gelles hallaba la fisonomía de este indígena más bien europea que araucana, atendiendo especialmente a la forma de la nariz, a la de los pómulos, al color de la piel y al del iris de los ojos. El anciano nos habló de sus viajes a Santiago y a la Argentina, de las batallas en que había tomado parte, del valor de los mocetones de su tierra y de los malones que sus antepasados habían dado. Su abuelo, cacique de Temuco, se fué con sus mocetones a caballo hasta la ciudad de Chillán para dar un malón y traer cautivas. De noche dieron el asalto y trajeron en ancas a doce jóvenes españolas o chilenas. Es así, nos dijo, como mi abuela era española de buena familia. Nos afirmó que casi todos los caciques de la región emprendían viajes semejantes para capturar cautivas, sea a las ciudades del norte, sea a las incluídas en territorio araucano. No deja de llamar la atención un viaje de Temuco a Chillán, ciudades separadas por una distancia de trescientos kilómetros, con el solo propósito de traer cautivas.

En esta mezcla de raza, las costumbres de los araucanos no se han alterado tanto como su estructura física, los caracteres etnológicos han perdurado más que los antropológicos. Los cautivos y cautivas presionados por el nuevo ambiente tuvieron que abandonar sus costumbres y adoptar los usos de los araucanos sin influir mucho en las prácticas de éstos.

La ruca

Los araucanos no llegaron a formar ciudades y aldeas. Sus habitaciones se hallan esparcidas por el territorio a poca distancia unas de otras. Las edifican en las lomas, a proximidad de los esteros, algo retiradas de los caminos públicos, de manera que puedan ver a sus vecinos y prestarse mutuamente pronto auxilio en caso de necesidad. La situación elevada de la vivienda les permite vigilar las siembras, los ganados y la llegada de los forasteros. Varios perros bravos y hambrientos las defienden y salen al encuentro de los desconocidos que se aproximan y los mantienen a distancia hasta la llegada de los moradores. Estos reciben a sus amigos y compatriotas con afabilidad, los saludan largamente, los invitan a entrar, y a sentarse en el mejor asiento; les preguntan por todos los miembros de su familia y les preparan algo para comer. En cuanto a los forasteros los saludan con reserva y acogen con cierta desconfianza. Se informan del motivo de su visita, contestan sus preguntas con respuestas evasivas y terminan con ellos en pocas palabras. Pocas veces los invitan entrar y sentarse por temor a las preguntas indiscretas. Toman especiales precauciones con los visitantes que llevan máquinas fotográficas. No quieren que se les retrate, sea por hallarse mal vestidos, sea por no perder el alma y la vida que la máquina les podría arrebatar. No permiten tampoco tomar fotografías de sus rucas sin pagar, por considerar que el fotógrafo realiza un negocio productivo al sacar una vista o que hace propaganda en contra de ellos en Santiago. Un excelente medio para vencer su oposición y conseguir fotografías instructivas consiste en mostrarles retratos de indígenas influyentes, conocidos suyos que se han prestado gustosos a que se les retrate.

Después de varias visitas para saludarlos y conocerlos, después de comprarles algunos objetos, de obsequiarles cigarrillos, de regalar algunas golosinas a sus hijos, de conversar con ellos acerca de la propiedad indígena y de manifestarles interés por su situación, se gana su confianza. El dueño de la ruca invita a entrar, la mujer presenta el mejor asiento, la conversación se entabla sobre las tradiciones de la raza, sobre las costumbres actuales, los trabajos habituales y la técnica especial de las diversas profesiones.

Las rucas son habitaciones sencillas, ordinariamente de base rectangular, de costados verticales hasta una altura de uno a dos metros y de techo en plano más o menos inclinado. Los araucanos las confeccionan con materiales de sostén macizos trabados en armazón y con otros más livianos de relleno: paja de gramíneas, tallos de ciperáceas y juncáceas. Tienen una o dos puertas, pero carecen de ventana. La ruca primitiva de base circular y de forma cónica, hoy día probablemente desaparecida, se ha ido transformando paulatinamente hasta llegar a la forma rectangular actual. Existen varias formas de transición que representan las etapas de esta lenta evolución: las de base elíptica cuyo techo llega

en plano inclinado hasta el suelo en toda la superficie, y las de base idéntica con los costados levantados verticalmente para recibir el techo a cierta altura, las poligonales con dos costados alargados y paralelos y las extremidades en semi hexágono cuyo techo desciende oblicuamente sin alcanzar hasta el suelo, las truncadas en U, las rectangulares forradas totalmente con paja y las de misma forma con el techo de paja y los costados forrados con tablas aserradas. Estas últimas marcan un progreso sobre las anteriores y conducen a las modernas habitaciones de los araucanos acomodados, techadas con zinc y fierro galvanizado y parecidas a las casas del campo de los chilenos.

Las rucas cubiertas enteramente con paja son muy abrigadoras. Los mapuches las prefieren a las casas de madera techadas con zinc y acontece que siguen alojando en las primitivas mientras destinan las modernas para guardar sus maquinarias, sus herramientas y sus animales.

La orientación de las rucas no es constante: unas se hallan dispuestas longitudinalmente de sur a norte con la puerta de entrada en una de las extremidades y otras, en mayor número, de este a oeste con la puerta de preferencia hacia el oriente, pero en muchas reducciones no faltan otras en posiciones intermediarias. Las dimensiones de las habitaciones varían según las regiones, la fortuna de los dueños y el número de personas que viven en ellas. Las mayores miden de doce a quince metros de largo por siete a diez de ancho y unos cuatro a seis de alto. Desde el interior se ve la armazón de postes, vigas, soleras, tijerales y amarras correspondientes.

Los araucanos distinguen varias partes en la ruca y señalan cada una por su nombre respectivo: llaman «trafruca» los costados verticales que hacen el oficio de paredes y «mellafma» el techo en atención a su forma aplastada. El «huenuruca» corresponde al cielo de nuestras habitaciones y el «ullolunruca» a las aberturas superiores por las cuales se escapa el humo, denominadas también «tripay huenruca» en Maquehua. Al entrar en la ruca por el «hulñinruca» o puerta se ven alineados en medio los horcones o «mequefruca», gruesos postes cuadrangulares que sostienen el «cuicuipangui» o cumbrera. Los «añañel» postes de la periferie, piezas de resistencia del trafruca, plantados a varios pasos de distancia llegan a una altura uniforme y sostienen los «cuicui» o soleras laterales, así llamadas por imitar a un puente de madera sostenido por troncos. Desde el cuicuipangui o cumbrera hasta el cuicui se inclinan paralelamente las taras o tijerales. Los «huileill», ramas despojadas de reñi (Chusquea cumingii) están tendidas atravesadas encima de los tijerales para sostener la paja. Amarran las taras encima de los cuicui y los huimeill sobre sus soportes con «mau», sogas de «reme» (Juncus Dombeyanus y J. planifolius). Las amarras reciben también los nombres de «mequef», «trarili» y «zef». Ciertos araucanos de Maquehua llaman «cupencall» a las soleras y «lion» a los tijerales. Los de Boroa dan el nom-

bre de caquemell a los costados. Si estos últimos alcanzan una elevación de un metro tres cuartos a dos, varios «pizeliel» o vigas transversales los unen y existe entonces un «pideil» o segundo piso donde guardan los «huertrünhua» o atados de maíz, el «trapi» o ají, los «quelhui» o porotos en matas y otras provisiones.

Para techar y forrar los costados usan tallos de gramíneas como la «linquena» (Hierochloa altissima) conocida vulgarmente con el nombre de ratonera, el «moll» (Cortaderia argentea), en ciertos casos el coiron (Andropogon argenteus), algunas ciperáceas y juncáceas: la cortadera, en araucano «trome» (Cyperus vegetus), el «reme» (Juncus procerus J. Dombeyanus y J. planifolius), el «huen» (Typha angustifolia). Todas estas plantas les sirven, además, en la confección de esteras y canastos de diversas formas.

En medio de la habitación se halla el «kutralhue» o lugar donde encienden el fuego. El «fitrún» o humo se esparce por el interior y cubre el «pideil» y «huenuruca» de una espesa capa de hollín y sale por los «ullolunruca» aberturas situadas en lo alto del techo, una a cada extremidad del cuicuipangui. En torno del kutral o fuego aparecen varios «huancu», asientos de madera de una sola pieza y parecidos a pequeñas bancas, de las cuales han sacado su nombre.

El mobiliario de la ruca, así como su ubicación, varían poco. Se puede indicar el puesto habitual de ciertos muebles y objetos comunes. Cerca de la puerta de entrada se levanta el huitral o telar. La luz llega abundante a la tejedora en este sitio. Allegados a los costados se hallan los «nectantu» o camas, los cajones para guardar ropa o provisiones, unos cuantos barriles para conservar el trigo o el maíz. Esparcidos por el suelo sin orden determinado, aparecen el «cusi» y «ñuncusi» o piedra de moler, el «tranatrapihue» o mortero para la sal y el ají, los cántaros y ollas de greda, mencuhe, metahue, lupe, algunos canastos, quelco, chaihue y llepu, grandes bateas y palanganas de madera. Del techo y de las vigas cuelgan las bolsas de cuero: tralque, ñilla vaca, trontron y llafan, el cernidor o tcheda, el cultrun, la trutruca, los utensilios de madera, el rali, los refuhes, el cupelhue o cuna de los niños, el chihue, aparato destinado a las gallinas. De los quilpaihue o ganchos de madera penden las riendas, los estribos y las monturas. Otros objetos menudos están clavados al interios del techo o colocados encima de las vigas, el coliu cargado de lana, el aspahue con las madejas de hilo, el maichihue y el coipu, herramientas para trabajar la madera. Los artículos de valor, los recuerdos y los adornos están guardados en saquitos de cuero o en baúles de madera.

El interior de algunas rucas está dividido en «catruntucu» o piezas por los «raqraquel» tabiques confeccionados con varillas de colihue. Las piezas de mayores dimensiones reciben el nombre de «llisuca» en Boroa mientras se reserva a las simples alcobas el de «catruntucu». En estas habitaciones interiores viven con su ajuar algunos parientes o amigos íntimos del dueño.

Los antiguos araucanos solían pedir la ayuda de sus amigos cuando edificaban una ruca. Estos venían numerosos y prestaban gratuitamente sus servicios. En cambio, el dueño los atendía con abundante comida y bebida. Consideraban estos trabajos en común como un día de fiesta, el «rucan» o «quepeln». La costumbre no ha desaparecido completamente. Los indígenas pudientes y tradicionalistas la han conservado. Los demás se valen solamente de los miembros de su familia y proceden por etapas durante un período de varias semanas.

Con anticipación los constructores preparan los materiales. Cortan los árboles destinados a formar la armazón. De preferencia escogen el pellin (Nothofagus obliqua) para fabricar los horcones centrales y los postes laterales. Esta madera pesada y resistente, difícilmente atacada por los xilófagos se conserva bien enterrada. Con hacha labran los troncos, los dejan cuadrangulares, del largo conveniente y con un sacado en una extremidad para alojar los cuicui. Labran igualmente estos últimos o emplean directamente tallos de hualles y otras especies. Para cuicui pangui o cumbrera eligen un largo tronco de canelo o foigue (Drymis Winteri) su árbol sagrado cuya madera se endurece con el calor y la acción prolongada del humo. Descartan en cuanto pueden de la armazón de sus habitaciones la pitra (Eugenia pitra) que fácilmente se agusana y dura pocos años. Preparan, además, varias docenas de taras, tijerales cilíndricos aplicados por la extremidad delgada sobre el cuicuipangui o cumbrera y por la gruesa encima de los cuicui o soleras y amarrados con sogas.

Mientras algunos indígenas se dedican a estas tareas pesadas, otros arrancan en los bosques vecinos enredaderas para amarrar las piezas de la armazón y la paja encima de éstas. Como amarras emplean el voqui blanco (Cissus striata, Lardizabala biternata), el copihue (Lapageria rosea) y ramas delgadas de Proustia pyrifolia. Los tallos volubles de estas especies alcanzan a gran altura y son abundantes en todas las selvas vírgenes. Utilizan también cuerdas de reme o junquillo (Juncus planifolius y J. Dombeyanus) conforme van desapareciendo las selvas. Los indígenas de Maquehua las llaman «zef» y los de las reducciones del norte «mau».

Para trenzar sogas continuas con el reme los operarios parten longitudinalmente los tallos en fibras y raspan la médula. Las dejan secar durante un día o dos y las remojan antes de trenzarlas para devolverles su flexibilidad. Sujetan entre los dedos de los pies un manojo de fibras corticales, lo dividen en dos porciones iguales que tuercen simultáneamente al frotarlas con las palmas de las manos sobre las rodillas en sentido opuesto. Al aproximar las dos porciones torcidas se transforman en soga automáticamente. Incluyen nuevas porciones de corteza fibrosa a la cuerda en formación para hacerla continua. La fabricación de estas amarras trenzadas ocupa a varios operarios por algunos días. Las sogas de ñocha y chupón (Bromelia) más finas y resistentes son de elaboración más lenta y poco usadas en la confección de las rucas. Los indígenas las reservan

para la fabricación de redes y canastos cuya técnica se dará más adelante.

El «reñi» o colihue desempeña un importante papel en la estructura de la ruca. Deshojan sus largos tallos y los tienden por grupos de dos o tres entre las taras y cruzados sobre éstas de manera que formen una red rígida como sostén de la paja. Esta trabazón con las amarras constituye los «huimeill».

Agunos días antes de levantar la ruca, los indígenas cortan la ratonera, la cortadera, el junquillo y el moll necesarios. Exponen estas hierbas al sol durante un par de días y cuando están medianamente secas las reunen en pequeños atados. La elección de las plantas importa para la duración de la ruca. Los techos de moll resisten unos cuatro años, los de reme alcanzan a seis y los de linquena se conservan hasta veinte años. Esta última especie preferida de los araucanos para techar, escasea cada vez más con el cultivo de los campos y se hace necesario el uso de las otras plantas.

Al edificar sin el concurso de amigos, el dueño de la ruca ayudado por los suyos corta, labra y acarrea en primer lugar los postes, vigas, soleras y tijerales, lo que exige una semana de trabajo a varias personas. Estas se dedican después a juntar y arrollar las enredaderas, a trenzar las sogas de reme, a cortar y deshojar las ramas de colihue. Por fin arrancan o cortan de 10 a 15 carretadas de linquena, de reme o de moll. Con estos materiales reunidos pueden armar la ruca.

El día señalado para el «rucan» los invitados llegan temprano y dan principio a la obra con entusiasmo, capitaneados por un indígena especialmente nombrado por el dueño. El capitán es siempre un amigo íntimo de éste, diligente y entendido en la técnica de la ruca. El elegido distribuye las tareas entre los trabajadores. Excavan con azadones y palas hoyos de dimensiones apropiadas para plantar los dos o tres horcones centrales. Entre varios los levantan, acuñan la parte enterrada con piedras y los dejan bien verticales y de igual altura. Miden el largo y el ancho de la habitación con largas varillas de colihue y trazan en el suelo con un palo o una pala las rayas que señalan la periferia. Del mismo modo dejan marcado el emplazamiento de los añañel o postes laterales. Cavan los hoyos en los sitios marcados; plantan los postes cuidando que todos lleguen al mismo nivel, los alinean y acuñan la base con piedras y tierra comprimida. Alojan las soleras en la cabeza ahorquillada de los postes, levantan en alto la cumbrera entre muchos y la afirman sobre los horcones centrales. Aplican las taras oblicuamente de modo que su extremidad delgada descanse sobre la cumbrera y la más gruesa sobre las soleras. Las amarran sólidamente con sogas o con un manojo de voqui, que las mantiene equidistantes unas de otras y las impide resbalar. En dos o tres horas los quince o veinte trabajadores levantan toda la armazón, tarea más pesada que lo restante de la construcción. En posición horizontal, y atravesados sobre las taras disponen los huimeill, ramas de reñi (Chusques commingii) reunidas por grupos de dos a tres o más y amarradas con *mau*, cuerdas

de junquillo conocidas también con los nombres de *zef* o trenzas de *trarili* o ataduras, de *mequef* o amarras.

Mientras algunos mocetones distribuyen y atan los huimeill hacia la cumbrera, los otros empiezan a techar y a forrar los costados con manojos de quena. Desde abajo colocan los manojos en hileras y yuxtapuestos a lo largo de los costados y en los extremos y amarran cada uno con mau o voqui contra los huimeill. La segunda corrida aplicada más arriba cubre la mitad de la anterior y oculta completamente las ataduras. La tercera cubre también parcialmente la segunda y así sucesivamente.

Algunos ayudantes menos experimentados permanecen en tierra para elevar los manojos de quena a los que se hallan en el techo. Estos últimos los ordenan y los amarran introduciendo las sogas de reme con largas agujas de colihue, tiradas desde el interior por algunos jóvenes que se cuelgan de las taras contra el huenuruca. Los del interior vuelven a pasar la aguja y los de afuera tiran fuertemente sobre la soga para comprimir la capa de quena.

Para no estorbarse, los operarios se reparten en los costados y en los extremos de la habitación. El trabajo progresa rápidamente acompañado por las voces de mando y los gritos alegres de todos.

Mientras los invitados se entregan a su dura labor, el dueño y la gente de casa se preocupan de atenderlos dignamente. Les han fabricado varios chuicos de muday y de chicha, las mujeres preparan el mote y los jóvenes están carneando un novillo, algunas ovejas o un caballo y todo estará a punto cuando acaben de techar.

Tan luego como está terminada la ruca todos penetran al interior y se enciende fuego en el medio. Las mujeres ofrecen los asientos, extienden los pellejos, los lamas y los pontros en los de ciertos indígenas más calificados, luego sirven la comida; el mote en platos de madera, grandes trozos de carne asada que los convidados toman con las manos y desgarran con los dientes. El dueño hace repartir el muday, la chicha y el tabaco. Llegan individuos que no han tomado parte en los trabajos de edificación atraídos sólo por el rucan. El dueño les da buena acogida y les hace servir. La comida es abundante y alcanza para todos. La fiesta se prolonga por la noche con cantos y bailes y termina sólo cuando se han agotado las provisiones.

Cuando el dueño y los moradores de la ruca edifican solos, trabajan a rato en la construcción y se dedican después a sus ocupaciones urgentes. Demoran una semana o dos en componer la armazón y con frecuencia dejan pasar una temporada antes de techar. En la región del lago Budi no faltan rucas que permanecen meses enteros sin techar. La confección del techo puede también prolongarse por varias semanas. Al terminar la construcción los habitantes no celebran fiesta especial. El procedimiento moderno, más lento que el antiguo, es algo más económico que éste. Con aquél evitan los gastos del rucan bastante subidos.

Los araucanos adoptan las tablas para cerrar los costados de sus

rucas en la vecindad de los aserraderos y de las ciudades o en los lugares donde faltan la quena y demás materiales para techar. La compra de tablas y de clavos eleva el costo de las construcciones. El valor aproximado de una ruca de 10 metros de largo, 6 de ancho y 5 de alto, techada y forrada en los costados con linquena es de doscientos pesos. Aunque sin ventanas para renovar el aire y dejar paso a la luz y al sol directo, las condiciones higiénicas de las rucas aparecen mejores que las de los conventillos de ciertas ciudades. El humo al escaparse por los *ullolunruca*, produce un tiraje para la renovación del aire. La capa interior del hollín contiene productos antisépticos que producen una desinfección constante. Por fin los frecuentes lavados y baños de los habitantes y su costumbre de desafiar las intemperies los mantienen en buena salud.

Los araucanos acomodados construyen casas de madera con techo de zinc y arreglan el interior con el mobiliario usual de los chilenos. Los hay en Boroa que poseen excelentes casas de habitación, extensos galpones con máquinas agrícolas, establos de buena presentación para sus animales, que manejan su auto, llevan la vida de ricos hacendados y reciben a los forasteros con gran distinción. Debo mencionar entre otros a los Raiman de la cancha de Boroa, jóvenes araucanos de buena situación que me recibieron con muchas atenciones y me impusieron de sus actividades agrícolas y comerciales dignas de imitación. Cerca de Temuco tengo relaciones con araucanos que poseen buenas casas de habitación, rodeadas de jardines bien cercados, con huertas, árboles frutales, caminos sombreados por alamedas o plantaciones de pinos. Los hijos de estos progresistas mapuches se educan en las escuelas primarias y secundarias de la ciudad. Entre los mayores que ya terminaron sus estudios, algunos desempeñan el oficio de empleados en las grandes casas de comercio y ganan sueldos elevados.

El mobiliario de la ruca

En vano se buscaría el confort en las rucas araucanas. Los muebles sencillos y primitivos son fabricados por indígenas entendidos, conocidos con el nombre de «Curiosos», valiéndose de los pocos materiales que tienen a su alcance. Cada curioso se especializa en la confección de uno o varios objetos a los cuales imprime, según su habilidad, formas más o menos artísticas.

Se podrían clasificar los artefactos araucanos atendiendo a los usos a que están destinados; sin embargo tomando en cuenta la técnica de su fabricación, resulta más fácil dividirlos según la materia que entra en su formación y estudiar en grupos separados los objetos de piedra, de greda, de madera, de mimbre, de cuero, de cuerno, de hueso, de crines, de lana y de metal. Existen algunos utensilios destinados a los mismos usos y fabricados con materiales distintos, lo que se consigue modificando lige-

ramente las formas y adoptando una técnica apropiada. Los antiguos araucanos se valieron mucho de la piedra como materia prima en la confección de sus instrumentos, antes de saber trabajar los metales. Los actuales la utilizan todavía para fabricar los tranapihue, cusi y ñumcusi. En diversas rucas conservan como recuerdos de los tiempos pasados tokicura, maichihuecura, charu, llakai, pifilca, quitra y llancatos, objetos labrados en piedras y sustituídos hoy por herramientas, útiles de madera y de greda.

El *cusi* es una piedra plana de forma rectangular o de contornos redondeados, de cuarenta a cincuenta centímetros de largo por treinta a cuarenta de ancho y unos diez a quince de espesor, usada para moler el trigo, el maíz, la cebada, el lino y diversas semillas y en ciertos casos la sal. El *ñumcusi* es otra piedra menor, alargada, algo cilíndrica o prismática o por lo menos con una cara plana que pueda resbalar ajustadamente sobre el cusi. Los fabricantes las labran de preferencia en bloques de granito, de lava compacta en las regiones volcánicas, con piedra molar, andesita y otras piedras planas de inferior calidad; las labraban antiguamente golpeándolas con otras piedras más duras y gastaban las puntas salientes e irregularidades de la cara más plana y ancha por frotamiento prolongado. Actualmente las labran con ayuda de martillos y cinceles y excavan ligeramente la cara más apropiada para moler. Después la riegan con agua para ablandarla y la frotan con piedras duras para pulirla. El cusi con el correspondiente ñumcusi son instrumentos indispensables para los araucanos, se los halla en todas las rucas. No los venden aún cuando los tengan duplicados salvo en caso de gran necesidad. Los compran a los fabricantes con un cordero y emprenden viajes de uno o varios días a caballo para traerlas a su domicilio.

Entre los mapuches de Temuco se van propagando hermosas piedras de moler cuidadosamente labradas en toda su extensión, provistas de cuatro patitas, obra de adoquineros chilenos que trabajan en las canteras de Metrenco y las venden en doce pesos o su equivalente en especies.

Para moler las mapuches extienden en el suelo un tralque, cuero de oveja destinado a recibir la harina, conocido también con los nombres de donoll y trekum en ciertas reducciones. Asientan la piedra en medio del pellejo y acuñan una de sus extremidades con un palo ahorquillado que la mantiene levantada, inclinada e inmóvil. Arrodilladas frente al extremo levantado del cusi con la provisión de trigo a su alcance en un quelco o un cántaro y el llepu a un lado con algunos puñados de trigo, vestidas solamente con el chamal y con los brazos desnudos se entregan con entusiasmo varias horas a su dura labor. Esparcen la semilla para separar la paja y las piedrecitas y después de un prolijo examen vierten su contenido de a poco sobre el cusi. Asen con ambas manos el ñumcusi y lo hacen resbalar una y otra vez con fuerza sobre el cusi aplastando en cada empuje una cortina de granos. Con repetidas pasadas del ñumcusi contra el cusi reducen el trigo en harina y cáscaras.

Entonces extraen la paja y las piedras de nuevas cantidades sobre el llepu y las muelen como las anteriores.

Acostumbran también tostar los cereales antes de molerlos, lo que facilita esta última operación y comunica a la harina un gusto especial. Asientan una olla de greda o de fierro sobre las brasas, echan al interior unos puñados de arena y encima una pequeña cantidad de trigo, cebada o lino por tostar. Por su mayor densidad la arena vuelve al fondo y por su mejor conductibilidad absorbe más calor que las semillas. Al revolver con un manojo de ramitas el contenido de la olla los granos se sepultan en la arena caliente o ésta se filtra en medio de aquéllos y les cede el calor adquirido. Por este procedimiento, revolviendo continuamente la mezcla, la porción de semilla se tuesta en forma homogénea. Después de diez minutos queda a punto la parte calentada. Se la separa de la arena que se reúne en el fondo de la olla al sacudirla mientras los granos quedan encima. La arena sirve indefinidamente para tostar nuevas cantidades de semillas. Los chilenos proceden del mismo modo que los araucanos para preparar la harina tostada.

Los *tranatrapihue* o morteros para el ají y los tranachadi o morteros para la sal existen también en todas las rucas, pero los hay de madera y de piedra y estos últimos son ya menos comunes que los primeros. Los de piedra son macizos, de contornos muy variables y de forma generalmente tosca, labrados en bloques que se asientan naturalmente sobre una base firme y presentan una cara superior adecuada para ser excavada por presión y frotamiento prolongado. Observé uno de base plana y de contornos esferoidales con la región superior excavada en copa en Huentelolen. Cerca del purén tomé el diseño de otro de forma trapezoidal en la cara superior bien excavada. Un tercer ejemplar, parecido a un pan de azúcar truncado, cuyo peso no era inferior a diez Kgrs. dibujé en una ruca de Budi. Los indígenas de Temuco los tienen más planos y de formas menos elegantes. Los de Maquehua y Truf Truf utilizan las piedras ovaladas o planoredondeadas comunes en los lechos de los ríos Cautín y Quepe y se limitan a excavar una de las caras.

Sin atribuir gran valor a los tranatrapihue de piedra, los araucanos los aprecian como artículos necesarios y difíciles de reemplazar. Los prefieren a los de madera y se resisten casi siempre a venderlos. El mazo del mortero consiste en una piedra alargada más o menos cilíndrica.

Los adoquineros del sur labran en las canteras hermosos morteros usados desde unos pocos años por los mapuches. Estos morteros de forma estética y de buena factura, vendidos en 4 o 5 pesos, se propagan rápidamente entre ellos y vienen a sustituir los antiguos tranatrapihue.

Los *toquicura* o hachas de piedra usados por los antiguos araucanos como insignias de mando durante las guerras, eran, además, utilizados para cortar madera y carne. El suelo de Araucanía contiene numerosos ejemplares llamados rayos por la gente del campo, que los recoge y oculta en sus casas para atraerse la buena suerte y hacerse rica en poco tiempo.

Los araucanos conservan también algunos ejemplares como recuerdos de los tiempos pasados y como instrumentos cortantes a falta de herramientas mejores. Un viejo mapuche de Licanco usaba en 1928 un hermoso toquicura para cortar el charqui, otro indígena de Galvarino trajo el año pasado a Temuco un hacha de piedra de elegante factura usada para el mismo fin.

Los *maichiwecura* o azadores de piedra son más escasos que los toquicura. Se suele hallar uno que otro en las rucas y los mapuches más viejos recuerdan el modo de usarlos entre sus antepasados. Estos instrumentos están actualmente fuera de servicio y diseminados en el suelo. Los describiré entre las antigüedades de Araucanía.

Las piedras circulares perforadas en el centro, comunes en el suelo de Araucanía, se hallan tambien en las rucas. En atención a su forma los mapuches de varias regiones las llaman «catancura», piedra perforada. Los Araucanos de Perquenco les dan un nombre que recuerda al mismo tiempo la forma y la función «trapelsiñu», amarra agujereada. Según su tradición los antiguos de esas reducciones las usaron como anillos adaptados a sus instrumentos de trabajo y como armas arrojadizas en tiempo de guerra.

Los Araucanos de Boroa las denominan «Pimuntue», nombre que se refiere exclusivamente al uso. La palabra pimuntue significa lugar donde se sopla. Los boroanos atribuyen a estas piedras un poder maravilloso. Si han robado o causado daño a una persona y desean que permanezca oculto su delito toman el pimuntue, colocan en frente de la boca la abertura central, por ella soplan con fuerza y expresan en alta voz su deseo: «que no sepa el dueño que yo fuí, que no lo sepa», y vuelven a soplar. Desde este momento quedan tranquilos y convencidos de que no serán descubiertos ni molestados. Si alguna persona habla mal de ellos acuden al pimuntue y en la actitud indicada dicen: «que fulano no hable mal de mí, que se calle y no diga mal alguno». El efecto no es dudoso para ellos. Las malas lenguas callan. Al pimuntue confían sus más importantes secretos y con él conjuran los serios peligros que los amenazan.

Conservan también algunas boleadoras o lacay que arrojaban con gran destreza y fuerza contra los huanacos, pumas, así como contra los caballos en las batallas. Los tehueches las usan todavía.

Entre los plateros algunos usan el *charu*, crisol de piedra refractaria labrado en escoria volcánica y de forma cilindro-cónica. Las «pifilcas» o pitos de piedra, instrumentos de música comunes en las rucas, fueron fabricadas antiguamente con piedra. Las actuales son de madera. De los primitivos quedan algunos en las reducciones de la costa. Los ejemplares recogidos en el suelo, tan variados en sus formas y tamaños, serán estudiados entre las antigüedades de Araucanía.

Las *quitras* o cachimbas de piedra en posesión de los araucanos son escasos. Hoy día los mapuches fuman cigarrillos. Sin embargo algunos

veteranos conservan como recuerdo unos ejemplares de gran valor etnológico.

El señor don Erich Tschabran, de Contulmo, ha logrado reunir una valiosa colección de artefactos antiguos que tienen numerosos ejemplares de cachimbas de piedra. Se pueden también mencionar los «lican» o piedras porfíricas apreciadas por los machis y usadas en sus curaciones. El cuchillo de cuarzo empleado en sus operaciones, los «llancas» o piedras de color, usadas con adorno, las bruñidoras usadas por los alfareros, los instrumentos de piedra, han sido gradualmente reemplazados por los de greda, madera y de metal.

La alfarería

Los artefactos de greda son comunes en todas las rucas. De formas elegantes y variadas, de dimensiones muy diversas, corresponde a cada tipo un nombre especial. La profesión de alfarero es desempeñada siempre por las mujeres. Las «huidufe» o «metahuefe» confeccionan desde los «feihuen», «mencuche» y «kelihue» grandes jarros para muday, hasta los reducidos pichi metahue. Los principales vasos, cántaros y ollas son los «llicampi», los «lupe» los «quetro», los «challas», los «quintahuen», los «chifeñ» y «chiculla» y los modernos «achawal metahue» y «trewa metahue», etc.

He asistido a la confección de varios cántaros en Lanalhue y en Licanco. Las huidufe o alfareras se proporcionan la greda en veneros reputados por su calidad a orillas de los caminos y de los ríos en las quebradas. Con el tiempo han llegado a producir cuevas en los sitios explotados.

Al ir en busca de material las metahuefe llevan consigo un pequeño obsequio al «reicuse», espíritu protector y dueño de la greda. El regalo consiste en cintas, cordelitos y lana hilada u otro objeto de poco valor. Lo anudan a un *volil mamel*, arbusto vecino, donde queda hasta su destrucción por efecto de las intemperies.

Las buenas canteras muy frecuentadas por los alfareros se reconocen en el número de cintas y filamentos flotantes amarrados sobre las plantas próximas. A la greda suelen agregar laja molida o raspadura de las mismas piedras. En la región de la costa acostumbran también mezclar arena con la greda. Tienen buen cuidado de obsequiar regalitos a los seres protectores de estos productos para que sus cántaros no se resquebrajen durante la cocción y salgan buenos. Cerca de la misión de Puerto Domínguez, las huidufe de la región explotan una cantera de laja donde flamean en ciertas épocas más de cuarenta regalos al reicuse. En una cueva situada en Huetelolén, a orillas del camino de Cañete a Tirúa, he contado dieciocho cintas de lana obsequiadas al dueño de la greda.

Las alfareras amasan ésta con agua cuando se halla seca y extraen con cuidado las piedrecitas y materias extrañas. Pulverizan en morteros

la laja y la agregan a la mezcla. Trabajan al aire libre. Extienden por el suelo una estera o un pellejo; se arrodillan o sientan encima. A un lado disponen la greda amasada, al otro un recipiente con agua, delante una tableta para asentar el cántaro y al alcance de la mano una valva de macha. Amasan un puñado de greda, lo aplanan entre las manos en placa discoidal y los asientan sobre la tableta. Este disco constituye el fondo del vaso en formación. Toman otra cantidad de greda amasada, con ambas manos la transforman por frotamiento sobre una tabla vecina en un largo cilindro flexible y parecido a una longaniza, aplican el cilindro sobre el borde del disco y lo enroscan como serpentín de modo que cada espira descanse sobre la anterior. Imprimen a las espiras una dirección circular u ovalada en relación con la forma del metahue proyectado. Con nuevas porciones de greda transformadas en cilindro y aplicadas del modo indicado, cuidando de soldar las extremidades de los segmentos consecutivos, mojándolas un poco y aumentando la superficie de contacto llegan a producir un recipiente de forma original, edificio de cilindros gredosos enroscados y superpuestos, de escasa consistencia y que se desmoronaría si la alfarera no lo manejara con tanta habilidad. Con una mano al interior del vaso y la otra orientando el cilindro comprime ligeramente cada espira contra la anterior y consigue una adherencia suficiente para impedir su deformación. Cuando las aspiras superpuestas alcanzan a la mitad de la altura que debe tener el cántaro, la huidufe moja una valva de concha, una cuchara o una pequeña espátula, y con el lomo empareja el exterior. Con unas gotas de agua ablanda la superficie de las espiras, la concha al resbalar arrastra un poco de greda que se aloja en los surcos mientras por el interior la alfarera hace punto de apoyo con una mano en frente de la espátula. Después de emparejar el exterior pasando alternativamente la concha mojada hacia arriba y hacia abajo, empareja el interior, forma punto de apoyo con la mano libre por el exterior para contrarrestar el efecto de la presión ejercida con la concha. Toma precaución para que el espesor quede igual en toda su superficie. Dispone otras espiras de greda para elevar el cántaro hasta la altura deseada y la empareja con la espátula antes de que, por efecto del propio peso, se deforme la región inferior. La mano situada al interior tiene una función importante para asegurar la curvatura y estabilidad de las regiones abovedadas que tienden naturalmente a hundirse por su propio peso. Ahí es donde la alfarera revela toda su maestría. El asa, los adornos superficiales y los salientes se agregan al terminar el modelado. Se remojan las regiones que deben ponerse en contacto y se aumenta la superficie para asegurar mejor la adherencia.

La confección de un cántaro de dos o tres litros de capacidad exige media hora de trabajo. Las alfareras aprovechan la greda y preparan varias vasijas en cada sesión. Las dejan secar a la sombra, de preferencia en el pideil de las rucas, antes de cocerlas. Cuando se han endurecido, las pueden revestir con una delgada capa de greda amarillenta o negruzca

desprovista de laja molida o de arena, para dejar la superficie más lisa y con un color más atrayente. Los araucanos no saben esmaltar sus vasijas ni conocen al arte de pintarlas y contadas son las que tienen un rudimento de decoración. Las de reducido tamaño se secan en tres o cuatro días, las medianas de paredes más espesas, demoran un tiempo mayor y las de grandes dimensiones una semana o más. Antes de cocerlas, la alfarera las bruñe frotándolas con el «pezem» piedra lisa y dura. El bruñido de un cántaro de dos litros de capacidad dura un par de horas; el de un mencuche para muday puede durar hasta 6 horas. La superficie exterior de las vasijas se vuelve, con el bruñido, lisa y brillante. Si se las frota con lana adquieren un color negro. Un día o dos después de bruñir los cántaros, se los cuece. Se enciende un gran fuego en medio de la ruca y se calienta poco a poco cada pieza de alfarería para que no se trice. Con un palo de colihue metido en cada pieza cruda la alfarera la pasea por la llama y después la acuesta en medio del fuego. Le da vuelta varias veces para que se caliente uniformemente. Esa calefacción preliminar prepara la vasija para soportar las temperaturas más elevadas de la cocción. Cubre el cántaro en tratamiento con astillas de pellín (Nothofagus obliqua) leña cuya combustión produce muchas calorías y aviva el fuego con un fuelle o agitando el borde de su delantal. El cántaro se pone luego rojo obscuro, pasa al rojo vivo y durante cerca de diez minutos toma un aspecto rojo blanco.

Si el cántaro es de pequeñas dimensiones se cuece en una hora, pero si se trata de una vasija grande, la alfarera necesita encender una gran hoguera y dejarla en ella de 5 a 8 horas. Cuando está más o menos cocido y con temperatura elevada, calienta agua de mote o muday en otro cántaro viejo, retira del fuego la pieza roja y vierte en ella el mote o el muday calientes. Este entra luego en viva efervescencia por la temperatura misma del vaso. La alfarera vierte entonces agua fría en él y vuelve a colocarlo en medio del fuego. Pronto vuelve a hervir el líquido y a salir espumando, por la abertura. La ebullición del muday, del mote, del caldo y de la leche en las vasijas durante la cocción tiene por objeto hacerlas impermeables a los líquidos.

Las alfareras venden un cántaro bien hecho, de unos tres litros de capacidad, en un peso; los de diez a veinte litros en dos o tres y los grandes mencuches en cinco.

Los cántaros araucanos de mayor capacidad pueden contener hasta doscientos litros. Se los emplea para conservar el muday. En Temuco se los llama mencuhe, feihuen y kelihue en la región del Budi. Los *mencuhe* tienen la forma de un ovoide troncado que descansa sobre el polo agudo. Para asegurar su estabilidad se los acuña o se los asienta sobre una rosca. Del polo más dilatado se eleva el cuello cilíndrico de una sección suficiente para introducir la mano con una tasa y retirarla llena de muday. El *feihuen* tiene la base más ancha, el cuello más corto y dilatado. El *kelihue* es un recipiente en forma de cono troncado que se asienta sobre

la base menor y remata hacia arriba por una dilatada abertura circular. Estos jarrones presentan cierto parecido y resulta a veces difícil distinguir una forma de otra.

El muday que se conserva en ellos es una bebida fermentada que los mapuches preparan con hua, cachilla y cahuella, tres especies de cereales que nosotros conocemos con los nombres de maíz, trigo y avena respectivamente. El muday fabricado con hua o maíz es fuerte y embriagador si se lo toma con exceso, el de cachilla o trigo y el de cahuella o avena, son más dulces y no adquieren el grado alcohólico del anterior.

La preparación del muday comprende varias operaciones. Las mujeres se proveen de grandes bateas de madera, calientan agua en challas de greda o en ollas de fierro, echan el maíz en las bateas y vierten encima el agua caliente. Los granos se hinchan, la cáscara se desprende del almidón de modo que se puede separarlos por frotamiento. Las jóvenes suben en las bateas y pisan la mezcla con el agua tan caliente como la pueden soportar. Las películas más livianas de la masa central suben a la superficie del agua. Las botan inclinando las bateas. Después agregan nuevamente agua caliente y la operación sigue hasta que todo el maíz quede pelado y limpio.

Para la segunda fase de la preparación, las jóvenes tienden pellejos en el suelo, traen el cusi y el correspondiente ñumcusi y empiezan a moler el maíz resblandecido. Mientras aplastan los granos y los reducen a pasta sobre la piedra se llevan a la boca puñados de maíz, los mascan, los impregnan de saliva y escupen la masa pastosa resultante en una bolsita de cuero o en un cantarito especial. Durante la masticación la ptialina de la saliva actúa sobre el almidón del maíz como fermento y los transforma en glucosa fermentescible. Depositan el maíz molido en grandes bolsas de cuero llamadas tracal, o en jarrones de greda que contienen la cantiadad de agua necesaria. Revuelven la mezcla constantemente para hacerla homogénea y le agregan la masa impregnada de saliva. Esta provoca la fermentación de la mezcla entera desde el primer día.

Los mapuches beben el muday recién preparado y lo conservan poco tiempo. Tiene un aspecto lechoso, abundantes grumos blanquecinos en suspensión y un sabor ligeramente picante desde los primeros días. Según el parecer de los indígenas es una bebida sana, refrescante y excelente para los enfermos.

Cuando disminuye la provisión de muday basta agregar al tracal o a los cántaros nuevas cantidades de maíz molido y agua caliente. Se revuelve la mezcla y la fermentación aparece sin renovar el fermento.

Si los fabricantes echan periódicamente maíz y agua al recipiente la producción es continua. La ptialina se conserva indefinidamente y actúa en forma catalítica sobre grandes cantidades de licor.

En las reducciones de Maquehua suelen cocer el maíz en agua para pelarlo más fácilmente. La costumbre de mascar una porción para pro-

ducir la fermentación tiende a desaparecer. Se emplea levadura o simplemente una pequeña cantidad de muday fermentado.

Los *meshen* son cántaros aovados que se asientan sobre una pequeña base discoidal y rematan en una abertura superior corta, cilíndrica o embudada que permite la introducción del brazo al interior. Están desprovistos de asa y aprisionados entre dos gruesas trenzas de voqui unidas paralelamente en la región superior e inferior. Mediante una faja o trenza resistente de lana amarrada en la armazón y aplicada en la frente o sobre el pecho, las araucanas se los llevan en las espaldas. Otras veces los cargan encima de la cabeza. Estos cántaros les sirven para traer cómodamente una gran cantidad de agua u otros líquidos. Los meshen son abundantes en la región del Budi.

Las *challas* son ollas de greda de base plana o redondeada, de vientre dilatado y de la boca circular, amplia con asas o pilun de formas y dimensiones variables. Algunas alfareras les agregan patas a imitación de las ollas de fierro. Las de fondo redondeado, poco estables, se acuñan con piedras o se asientan en cavidades apropiadas. Las challas sirven para cocer los alimentos, tostar el trigo y los cereales, preparar las tintas y teñir los tejidos.

Los *metahue* son cántaros ordinarios de formas y dimensiones variables. La palabra metahue es general y se aplica a todos los cántaros indistintamente, cuando no se precisa. Se reserva a los chicos el nombre de pichí metahue. Sin embargo, casi todas las formas bien caracterizadas tienen su denominación propia.

Los *quetro* o *patu metahue* son parecidos al cuerpo de un pato con rudimentos de alas y cola. La cabeza está reemplazada por una abertura cilíndrica. El *trefel metahue* se asemeja al cuerpo de un pájaro echado, con apéndices cerca del asa. Una reducción de esta forma se llama huilquiñ en algunas reducciones.

Las alfareras han fabricado cántaros de formas muy apreciadas de los araucanos, tales son los *huishuis* de dos vientres unidos, los *quintahuen* que tienen dos cuellos con las aberturas correspondientes, los *epumetahue*, combinación de dos vasos sobrepuestos, de forma cilindro circular con cabeza de ave, asa y embudo. Las recientes creaciones de la cerámica araucana son imitaciones de animales domésticos. Las mejores alfareras fabrican *achawal metahue*, *trewa*, *metahue*, *kawellu metahue* y *sañwe metahue*, cántaros parecidos a gallinas, perros, caballos y cerdos respectivamente. Estas piezas modernas de factura elegante, de técnica complicada, son conservadas en las rucas más bien como artículos de lujo que como objetos usuales. He conseguido en Tranapuente un cántaro araucano con incrustaciones parietales de pequeños fragmentos de porcelana dispuestos en cruz y de escaso efecto decorativo.

Entre las otras vasijas merecen una mención especial los *lupe*, platos hondos, de fondo plano y de bordes circulares levantados como embudo. Suelen tener una capacidad de varios litros. Sirven para depositar la co-

mida, para tostar pequeñas cantidades de trigo o de lino. Van generalmente adornados con un par de asas en los costados. Son comunes en las reducciones del Budi.

Las *chifeñ* y *chiculla* son fuentes circulares parecidas a los lupe, pero más planas y desprovistas de asa. Los *llicampi* son pequeñas tasas sin asa usadas en Lanalhue. A estos objetos de greda se pueden agregar los chinqued, discos planos o biconvexos perforados en el centro, que se adaptan al uso araucano para asegurar su posición vertical y regularizar como un pequeño volante el movimiento giratorio, las quitras o cachimbas para fumar, escasas hoy en las rucas, pero comunes entre los antiguos araucanos y de formas tan diversas.

La alfarería araucana, aunque sin decoración, no deja de llamar la atención por sus formas elegantes y variadas, la calidad de la greda y la buena cocción de las piezas. Por otra parte, las producciones de los actuales alfareros araucanos son inferiores a la de los primitivos habitantes de Araucanía, que fabricaron hermosos vasos y cántaros pintados y decorados, que de vez en cuando se descubren en las antiguas sepulturas al practicar cortes en el suelo.

(*Concluirá*)

Fig. 1.—Un cacique araucano.

Fig. 2.—Grupo de araucanos.

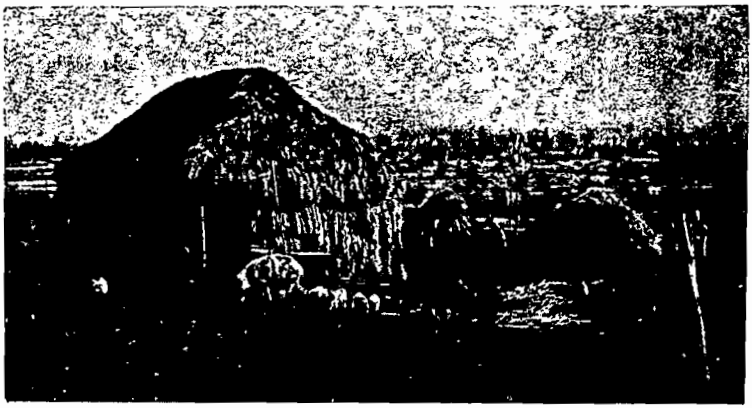

Fig. 3.—Una ruca cuadrangular.

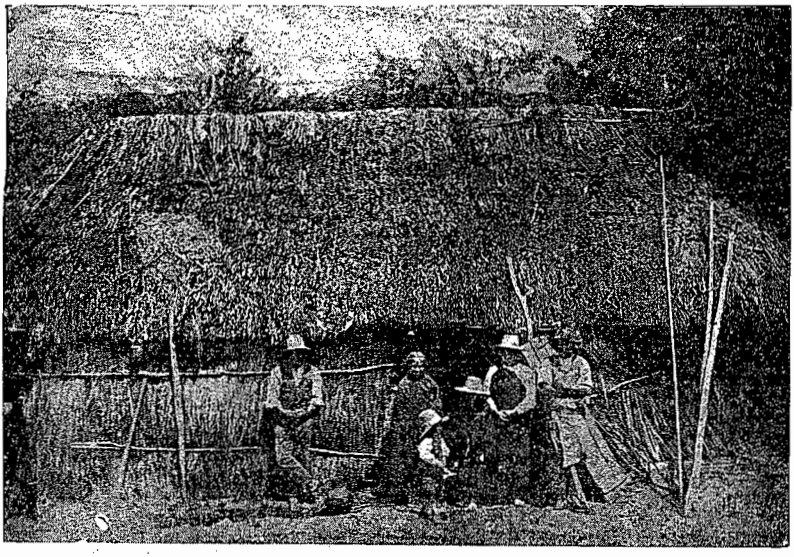

Fig. 4.—Ruca de Lumaco.

Fig. 5.—Mapuches de Lumaco.

Fig. 7.—La puerta de la ruca.

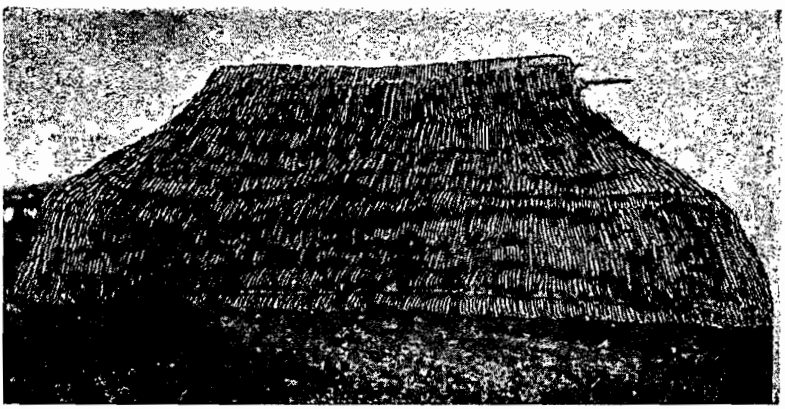

Fig. 6.—Ruca de base elíptica.

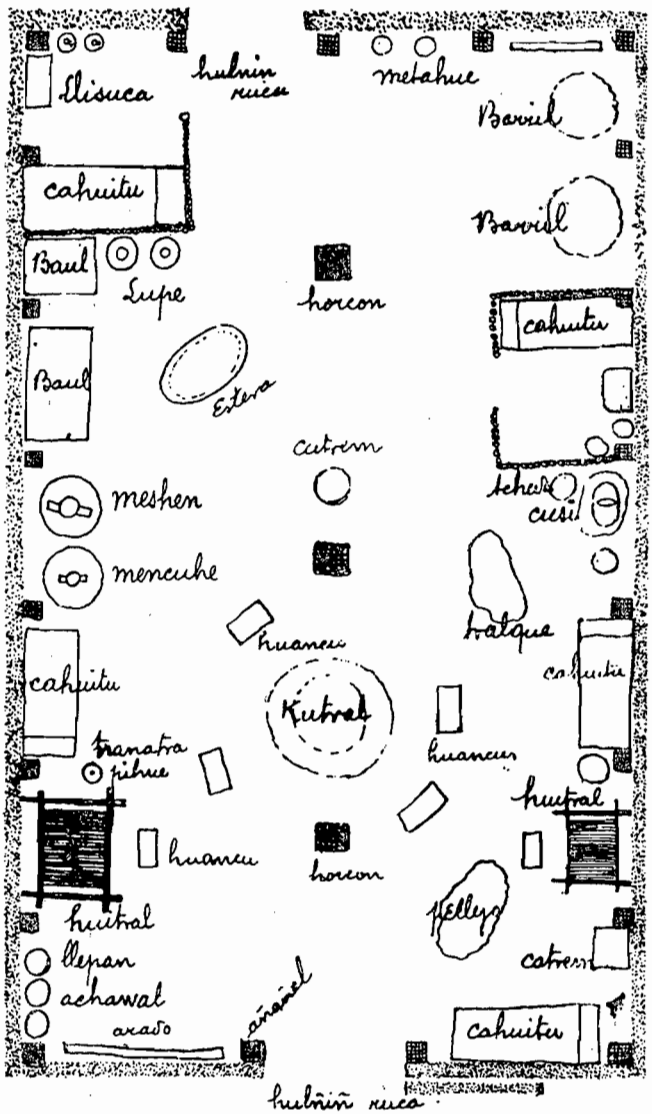

Fig. 8.—Plano esquemático de una ruca de Boroa.

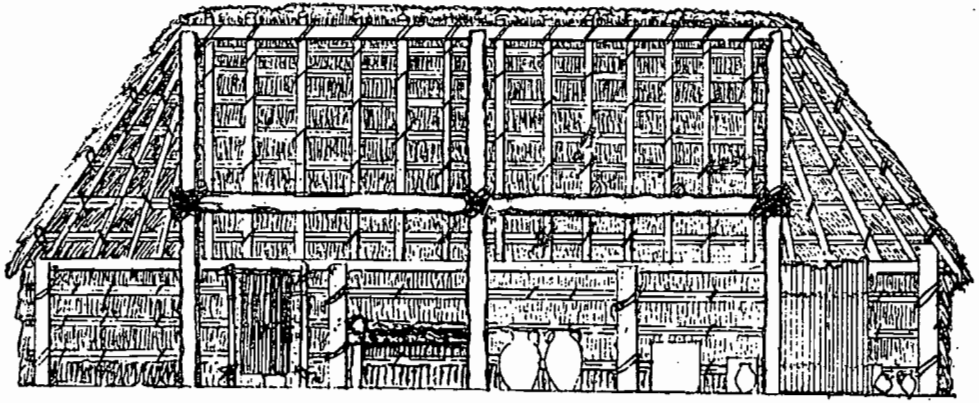

Fig. 9.—Corte esquemático de una ruca de Borou.

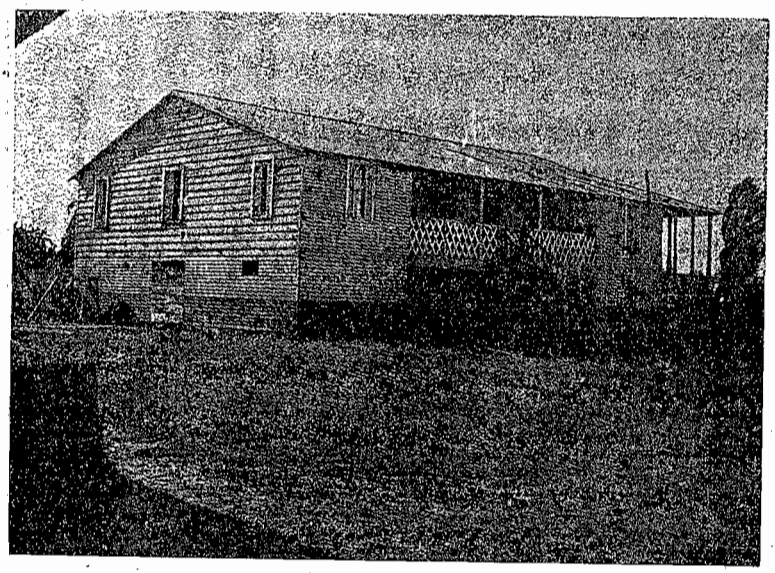

Fig. 10.—Casa de Raimán, araucano acomodado de Boroa.

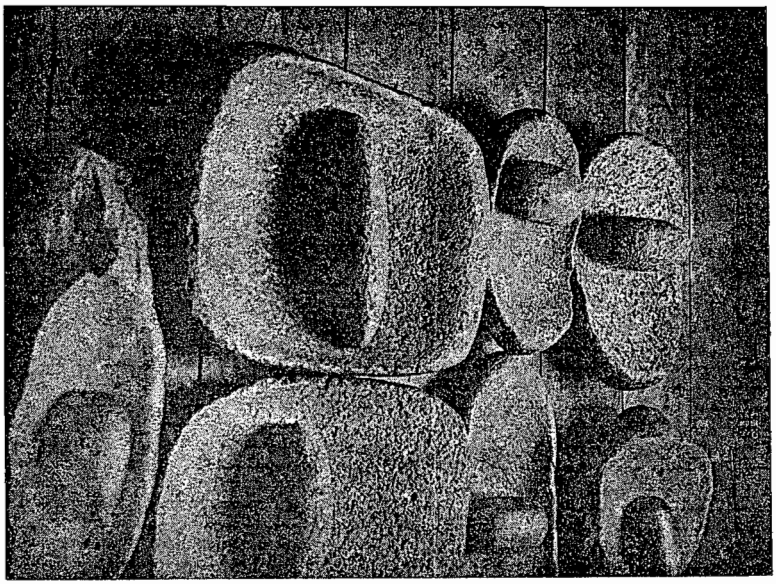

Fig. 11.—Cusi y ñumcusi de Contulmo.

Fig. 12.—Araucanos moliendo.

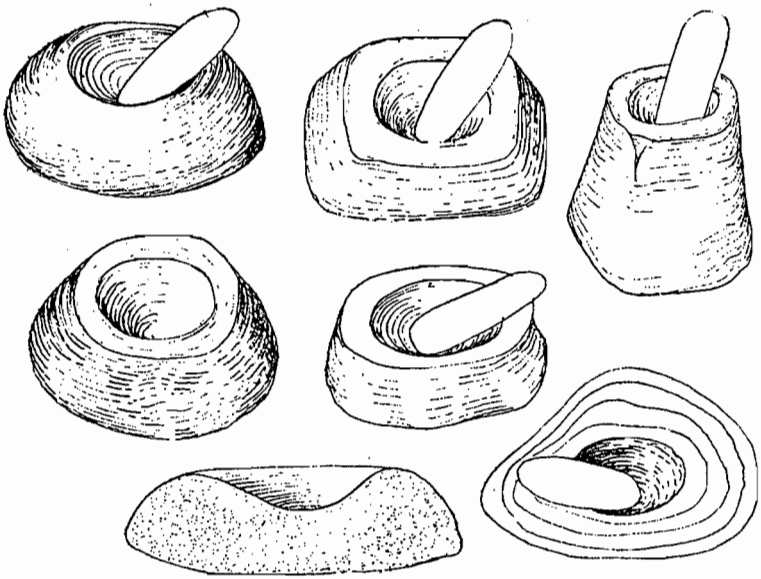

Fig. 13.—Morteros araucanos, de piedra

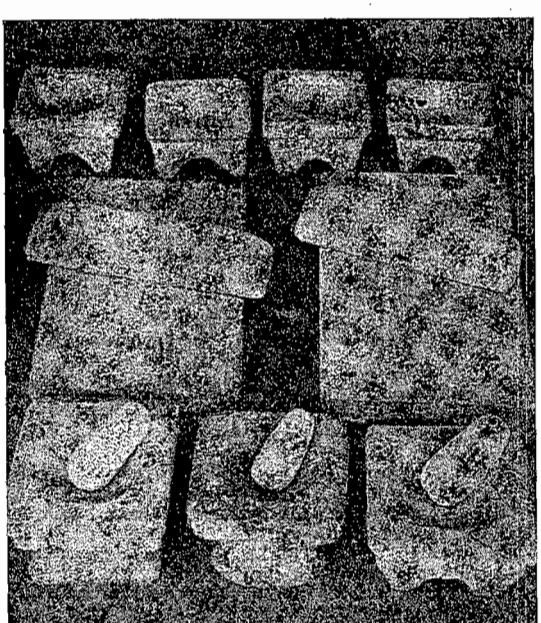

Fig. 14.—Morteros y piedras de moler labrados por chilenos.

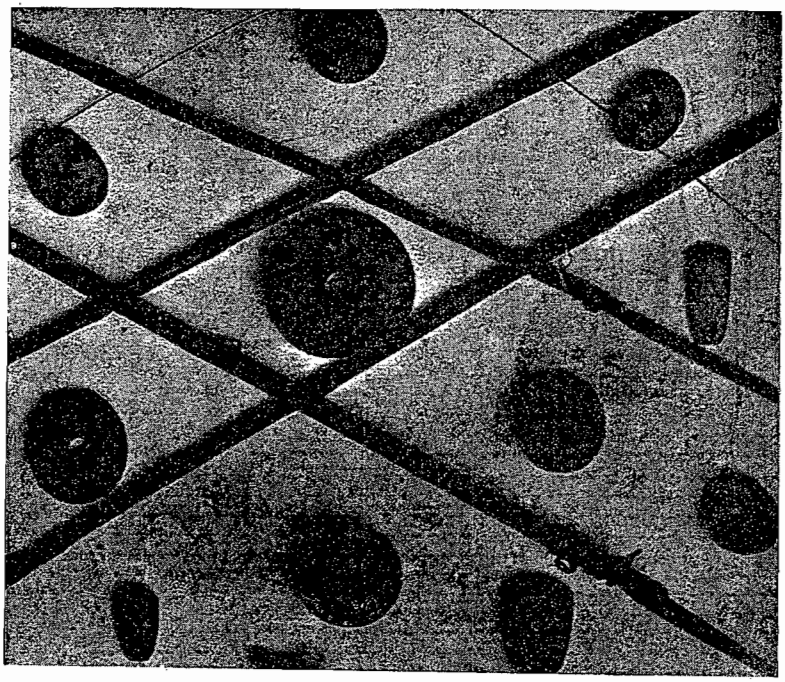

Fig. 15—Pimuntue, toqui y lanza.

Fig. 16.—Técnica de los artefactos de greda.

Fig. 17.—Metahuefe de Lanalhue.

Fig. 18.—Ultima fase de la confección de un cántaro.

Fig. 19.—Huidüfe terminando un patumetahue.

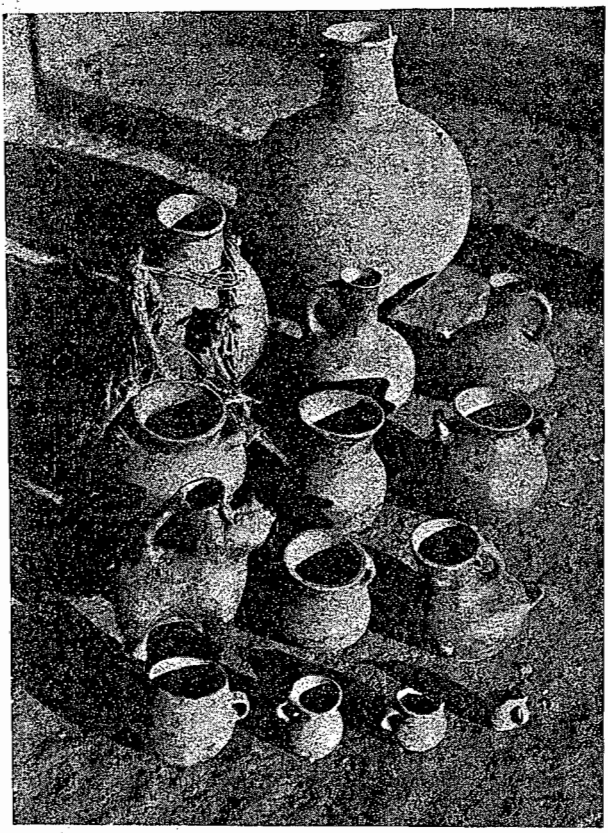

Fig. 20.—Cántaros araucanos.

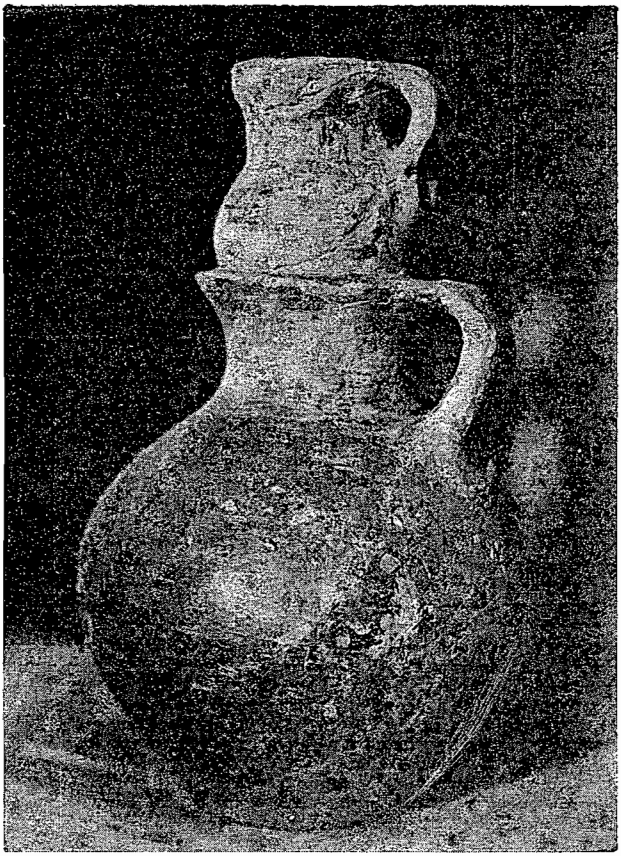

Fig. 21.—Cántaro de Tranapuente.